

Los ídolos del pueblo son un catálogo de gestos característicos de la cotidianidad urbana de nuestro tiempo prolongado en mitos y ritos que son lenguaje nuestro. Los ídolos del pueblo son símbolos que acontecen ante nuestros ojos en un inagotable estallido de color, textura y formas que indican la tradición pictórica de Marisa Lara y Arturo Guerrero. También Los ídolos del pueblo pertenecen a una nueva y diferente conciencia plástica, a través de diversidad de matices, construir su propia razón de ser. Este catálogo de gestos nos incorpora narrativamente a un rito propio que nos permite conocernos y reconocernos en una realidad poetizada.

Aquí el lenguaje plástico no busca el valor comunicativo en el color como medio expresivo, sino que el color como parte inherente a su propia circunstancia que le forma, lo constituye como elemento de su realidad. El carácter pictórico y compositivo, congénito a su realidad más auténtica, se transforma en lenguaje múltiple colmado de sensaciones. Pero estas sensaciones logradas a través de las formas y el color nos relatan acontecimientos inconmensurables. El alarido en la arena de lucha libre no se mira apagado y quieto, por el contrario, éste vibra en el color que al mismo tiempo es gesto dibujado y, sin embargo, palpable y sentido con el sudor de las multitudes. La lucha libre es circunstancia colectiva. Catarsis donde se invoca el bien y el mal como preludio a un encuentro con uno mismo: rostro-máscara. La lucha libre es juego lúdico donde se desborda la lujuria que brilla en la pupila, en la diamantina y en la lentejuela. Capa tornasol. Máscara que

se desgaja y fortalece en cada combate que es rito propiciatorio, rito de la fertilidad dominguera. En esa atmósfera llena de matices de la vida se encuentra el color fluyente como arbotante de luz arco iris. Todo queda iluminado bajo la noche. Los rostros son una ráfaga de luz que nace en Las Tres Gracias. La textura es la propia existencia interminable: del brillo de las estrellas adheridas a los trajes de los luchadores al fulgor cálido y nostálgico de las estrellas encendidas en la noche. La composición de Las Tres Gracias la otorga el movimiento natural de los cuerpos que resultan plenamente captados por Marisa Lara. Sin embargo, en la Cumbia de los Luchadores, rebasa la composición formal que otorgan los cuerpos. En este cuadro llega a una síntesis geometrizada por medio de planos de color. Color y composición, que nuevamente enriquecen la expresión pictórica, pero que sin duda nos lleva a un estímulo imaginario y pleno de anécdotas. Otra obra, no solamente mítica, sino mitológica lo es ¡Hay Jalisco no te rajes! Pero cada pintura es un borbotón de resplandores. Fulguraciones que se transforman en imágenes y éstas en palabras. Imaginación y abstracción como rito para perpetuar a nuestros ídolos.

También la Virgen de la Medianoche está recortada de esa realidad exaltada. Realidad que plasmada en la pintura resulta vibrante a los ojos y oídos. Llena de sensualidad la figura nos envuelve con la música que pinta Arturo Guerrero en decidido homenaje a lo que le circunscribe. Su entorno se centra en la contemplación de determinadas personalidades que surgían íntegras ante

nuestra presencia. El trabajo artístico de Arturo Guerrero también colmado de color, se inscribe en el retrato de figuras de la cotidianidad del pasado y presente. Nos ilustran una circunstancia, nos prodigan una atmósfera que es narración pictórica. Rinde culto a los personajes retratados, como es el caso del cuadro de Los Pachucos. O también ¡Agítale Yolanda!

En este último encuentro el homenaje contemplativo, no el pretexto o motivación recreativa, sino ese interés desmedido de Arturo Guerrero contar, es decir, describir a los ídolos del pueblo con toda su iluminada presencia. Escenario de sonidos, color y movimiento que el artista mira absorto y, de esta manera, nos lo comunica. En ¡Agítale Yolanda!, las cinco figuras masculinas que rodean al personaje principal, son seres terrestres mimetizados y matizados por el color con el propósito de destacar las formas voluptuosas, carnosidades que proporcionan volumen al ser mitificado: La Tongolele.

La obra pictórica de Marisa Lara y Arturo Guerrero está realizada en cuadros de gran formato. Imaginó que cuando la trasladan es como si una caravana circense se transportara. Porque cuando observamos el recorrido de una de ellas, sabemos que en el interior de cada automóvil, va oculto un surtidor de formas, color y luz. Así llegó, se instaló y partió sin rumbo fijo. Dicen que hacia el poniente, al encuentro del sol. De aquel momento, escribí lo siguiente:

La iconografía de la cotidianidad está a la vuelta de la esquina, realmente cualquiera podría desprender la estampería popular y hacerla suya, poseerla en su estallido vernáculo. Pero lograr el frenesí del salón de baile, la nostalgia de nuestros cantantes impertérritos enmarcados con el recuerdo, captar el alborozo de las caras a punto de gritar ¡Olé!, o lograr expresar esos rostros máscaras llenos hasta desbordarse de lascivia y de tristeza; esa atmósfera, solamente la han podido perpetuar en su pintura: Marisa Lara y Arturo Guerrero.



Foto: José Manuel Ramírez Flores